

SUEÑO CUMPLIDO

Sus sueños se habían hecho cada vez más complicados y su cumplimiento, milimétrico.

Mientras iba por el pasillo, prendiendo las luces a cada trecho, sintió un aire frío entre las piernas que subió como un presentimiento rotundo y aterrador.

El edificio donde vivía era un absoluto desastre y llegar al quinto, donde tenía su mono ambiente, un calvario asegurado.

Repasaba, mientras recorría pasillos, escaleras hediondas y oscuras, el último sueño. Pero además repetía como una plegaria la sentencia materna: “soñarás, y tus sueños se cumplirán, y podrás también escuchar los sueños de otros y deseando, hacer que se cumplan o mueran en la palabra dicha”.

Su madre, esa vieja chamana sin edad, recostada en la puerta de la casa de adobe que la vio nacer, dándole esa bendición incomprensible antes de partir, rodeadas de plantas sanadoras que trepaban las paredes y el techo, rodeadas de potus que amarilleaban la tarde. Su madre, esa presencia lejana.

La luz del cuarto piso no se prendió, y le pareció un mal presagio. Es que todo le parecía una señal, y al no saber interpretarla, mala.

Siguió a tientas, subiendo escaleras y pensamientos, apresando el cuaderno viejo y ajado donde escribía y desmenuzaba sus sueños y los otros, donde estaba registrado también todo lo que podía recordar de las sabias enseñanzas.

Venía de otro mundo. De uno donde el tiempo transcurría con olor a verde y estrellas rojas que se deslizaban al horizonte como flores marchitas. No hubiera querido salir de sus pies descalzos, del reflejo tenue de su imagen agreste reflejada en el espejo del ropero antiguo y maltrecho de la casa.

Pero llegó el día que esperaba con miedo y su atado de ropa al lado del gato negro y peludo que se lavaba las patitas, fue la evidencia.

- Te vas hoy, le dijo un dedo flaco y torcido. Te vas hoy.

Y salió como si nada, como si al momento de recibir la orden de partir, las plantas y los olores, la madre y el paisaje le fueran ajenos ya.

En la ciudad se hizo conocida pronto, por su exótica vestimenta, por sus ojos rasgados y profundos, por su bellaza esquiva y personal.

Un día soñó que un gran camión de mudanzas la atropellaba en medio de la avenida, que la mandíbula estallaba en mil dolores y la sangre le tapaba la visión.

Ese amanecer la encontró despierta, esperando con las manos lacias al costado del cuerpo. Se asomó a la ventana y vio el camión detenido y a los dos viejos bajando las pertenencias de la madre.

Cada cosa que bajaron entraba en su departamento como un anillo de plata, como una redonda comodidad acuñada. Y con esas cosas llegaron los poderes, las pesadillas, las curaciones.

Cuerpo tomado, pensó mientras giraba la llave. Cuerpo tomado, mente tomada. Me debato pero no soy yo, soy ella en mí.

Se sentó en el piso apenas dejado el morral en algún lado. Sus manos empezaron a recorrer el viejo aguayo colorido, y su cuerpo, sin saber lo que hacía, comenzó a mecerse en un movimiento rítmico, repetido por el reloj antiguo.

Lentamente la ciudad se fue alejando y ella, a acercarse a la magia del descanso y la adivinación.

Las sombras se habían ido, dejando paso a la más absoluta oscuridad cuando la puerta se estremeció con unos golpes secos.

Le costó dejar el estado de semiinconsciencia al que había llegado, tan reparador.

Pero los golpes la hicieron estirar la mano, tomar la peluca canosa, abrir la puerta...